

## LIBROS

MARTÍNEZ ESTEBAN, Andrés, *Aceptar el poder constituido: Los católicos españoles y la Santa Sede en la Restauración (1890-1914)*, Madrid, Publicaciones de la Facultad de Teología de San Dámaso, 2006, 767 págs.

El libro reseñado gira en torno al ámbito de las negociaciones que los distintos gobiernos españoles mantuvieron con la Santa Sede en el periodo que transcurre entre la última década del siglo XIX y el final del Pontificado de Pío X (1914). El presente libro de Andrés Martínez Esteban viene a demostrar que el interés por el estudio de la historia eclesiástica o político-religiosa, es decir, aquella que se centra principalmente en el estudio de las relaciones Iglesia-Estado, todavía se mantiene vigente en la historiografía española, y pensamos que debe mantenerse en esa tónica. Resulta evidente que en los últimos años los estudios político-religiosos están pasando a un segundo plano, y han empezado a dominar los nuevos enfoques de la nueva historia social religiosa, importados de la historiografía francesa e italiana. Estos enfoques se aprecian, sobre todo, en el terreno de la historia del catolicismo

social y político, o del Movimiento Católico.

Decíamos que debía mantenerse vigente dicho interés porque, aunque esa historia ya se ha trazado en buena medida a través de obras ya clásicas, como la de José Andrés-Gallego, *La política religiosa en España, 1889-1913* (Madrid, Editora Nacional, 1975), que abarca el mismo periodo cronológico abordado por Martínez Esteban, ahora puede aportarse nueva información a través de nuevos fondos documentales. El libro tiene como soporte principal los fondos de la Nunciatura de Madrid, de la Secretaria de Estado y de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios del Archivo Secreto del Vaticano.

La obra se halla estructurada en 5 capítulos, a través de los cuales Martínez Esteban pretende responder a una serie de preguntas sobre la posición de los católicos ante el Estado Liberal, en lo que atañe a la participación de éstos en las Instituciones. Entre otras cuestiones se debate si ¿los católicos podían participar en la política de los Estados liberales?, ¿cómo debía ser esa participación? o si ¿se podía ser liberal y católico al mismo tiempo? En ese debate los católicos se posicionaron en dos posturas enfren-

tadas: por una parte, la de aquellos católicos que podríamos denominar «liberales» o «mestizos», para quienes la Constitución de 1876 no era una negación del principio católico, sino que una ventaja para abrir nuevas vías de penetración en un mundo en cambio constante; por otra parte, la de aquellos católicos «netos» –carlistas e integristas–, quienes identificaron la religión con sus ideales políticos y plantearon la alternativa entre la paz en la unidad católica o la guerra contra el liberalismo. El mantenimiento de estas posturas durante el periodo estudiado frustrará cualquier iniciativa de organización católica mediante la formación de un partido propio que defendiera los intereses religiosos y restaurara la influencia de la Iglesia en la vida pública.

Esos cinco capítulos se podrían agrupar en dos bloques: El primero abarca los capítulos 1 –Defender el principio monárquico– y 2 –Los católicos en «la crisis de fin de siglo»– y se inserta en un periodo de colaboración entre la Regencia de María Cristina y la Santa Sede, gracias a la política a favor de la legalidad mantenida por el Papa León XIII y el Secretario de Estado Rampolla. Una concordia que se prolonga hasta el fallecimiento de León XIII el 20 de julio de 1903, pese a que durante todo este tiempo carlistas e integristas, que habían quedado fuera del juego político, buscaron la forma de desestabilizar el régimen constitucional y aparecer como defensores de la verdad católica. Este procedimiento se acentúa, sobre todo, durante «la crisis de fin de siglo», que jugaba a favor de aquellos que en los desastres sufridos veían la oportunidad de hacerse con el poder. En

esos momentos los continuos llamamientos de la Santa Sede para que los católicos españoles acataran el poder constituido no calaban entre aquellos obispos y católicos que culpaban de los desastres nacionales no sólo a los liberales sino también a los católicos que hacían concesiones. La escisión en el seno del catolicismo se ampliará cuando lleguen al poder los liberales y comiencen una política contraria a las leyes eclesiásticas.

El segundo bloque abarca los capítulos 3 –Los católicos y el nuevo reinado de Alfonso XIII–, 4 –Católicos y antiliberales– y 5 –A favor de la libertad– que, cronológicamente, coinciden con el pontificado de Pío X (1903-1914). Según Martínez Esteban, durante este periodo retornarán aquellas viejas posturas olvidadas tras los primeros años de la Regencia de María Cristina, cuando la política de León XIII procuró una actitud conciliadora de los católicos españoles ante la Dinastía, arrancando a integristas y carlistas la bandera de la legitimidad católica. Los acontecimientos de la Semana Trágica de Barcelona y los hechos posteriores, como la llegada al poder de Canalejas y el inicio de una política regalista, que incluía la libertad de cultos, la secularización de la enseñanza, del matrimonio, de los cementerios, leyes de asociación, etc., marcarán el cambio de los católicos hacia una posición netamente antiliberal y demostrarán que la imposibilidad de integrar a los católicos en las instituciones. Ahora los tradicionalistas se apropiarán de nuevo del título católico.

Tras fracasar los anteriores intentos de organización católica, surgirá ahora una nueva forma de intervención de

los católicos en la vida política que se topará muy pronto con la oposición de los integristas, y no tendrá una verdadera aplicación práctica. Se trata de la opción por el mal menor, que es definida por el autor como el principio según el cual ante dos males necesarios, o sea cuando el uno o el otro es inevitable, se debe elegir el menor. Así pues, los católicos debían unirse a aquellos candidatos liberales siempre que el bien social lo justificase.

Ante la imposibilidad de llevar a cabo la formación de un partido católico, el autor detalla las nuevas forma de presencia de los católicos en la vida pública. Por un lado, las Ligas Católicas, que las contempla con escasa fuerza y muy utilizadas la mayoría de las veces por los carlistas e integristas para sus intereses. Por otro lado, el Movimiento Social Católico, que resurge con fuerza a partir de la publicación por parte del Cardenal Aguirre de las *Normas para la Acción Social Católica* (1 de enero de 1910), multiplicándose las obras sociales desde entonces. Se trata en ambos casos de una acción independiente de la política que permitía la unión de los católicos sin renunciar a sus propias ideas políticas.

Martínez Esteban sitúa en las manifestaciones católicas contra Canalejas de octubre de 1910 el momento de consolidación del cambio dentro del catolicismo español. En este instante se aumenta la distancia que separaba a los católicos, entre aquellos que, dentro de los partidos del turno, especialmente conservadores, querían sostener a la Monarquía apoyando a Canalejas, y aquellos que optaron por un programa antiliberal para salvar la religión y la patria de los peligros

de la revolución. Entre estos últimos, podríamos incluir a los carlistas, integristas, católicos independientes, que contaron además con la participación de la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas. Como decíamos esta última opción, la de una organización con exclusión de los partidos de turno, fue la que empezó a tomar fuerza con el apoyo del Nuncio Vico. Los hechos venían a demostrar que la unión electoral de los católicos era imposible.

El autor incluye en el capítulo V un resumen del extenso análisis que Ángel Herrea envió a Vico sobre la posición de los católicos españoles ante el reinado de Alfonso XIII. Según éste había que separar la causa dinástica y la cuestión religiosa. Los católicos se podían organizar para defender los derechos de la Iglesia, pero si esta unión se vinculaba a la defensa de la actual monarquía muchos católicos se mantendrían fuera. En conclusión, la política más sabia sería la de alentar a los católicos para que se organizaran con independencia de los partidos de turno, atrayéndose al elemento popular. Lo que importa de este informe es que vemos aquí los precedentes de la política que para los católicos perseguirá durante la II República el director de *El Debate*, caracterizada por la obediencia al poder constituido y la distinción entre «poder constituido» y «legislación». Un interesante estudio sobre Ángel Herrera Oria y la posición de los católicos durante la II República lo encontramos en el libro de Julián Vara Martín, *Un episodio en la historia de España. La lealtad de los católicos al poder* (Valencia, Edicep, 2004).

A partir de 1914, como plantea Martínez Esteban, la división de los

partidos dinásticos será la que determine la posición de los católicos. La escisión de los mauristas unirá a los católicos en la derecha. El mal menor y la unión *per accidens* ganarán fuerza y demostrarán que este es el camino para la concordia de la nación.

Termina el libro con la conclusión titulada –Por el camino de la legalidad–, donde el autor señala la rectificación que supuso el pontificado de Benedicto XV, reanudando el camino comenzado por León XIII a favor de la aceptación de la legalidad y su modificación desde la misma legalidad, entrando en alianzas con todos los hombres honestos para conseguir ese objetivo y huyendo del mal mayor.

Andrés González Segura  
Universidad de Alicante

CARDONA, Gabriel, *Los Milans del Bosch, una familia de armas tomar. Entre la revolución liberal y el franquismo*, Barcelona, Edhasa, 2005, 448 págs.

Los Milans del Bosch es una familia de origen catalán cuya trayectoria, si no decisiva, ha sido difícilmente soslayable en la historia política y militar de la España de los últimos dos siglos, hasta el punto de poder simbolizar las virtudes y los defectos del Ejército español contemporáneo, desde su inicial adhesión al liberalismo a su fidelidad al autoritarismo franquista.

Perfecto conocedor del carácter paradigmático de esta singular familia, Cardona nos propone un recorrido por cuatro generaciones de Milans. En primer lugar Francisco, propietario agrícola acomodado que tras luchar en la «Guerra del Francés» y en la guerri-

lla antinapoleónica (su legendaria ferocidad quedó vinculada a la «encina de los franceses», presunto patíbulo en las cercanías de la *casa pairal*) confirmó su liberalismo radical en sucesivas conspiraciones antiabsolutistas que le valieron trece años de exilio. Su hijo Lorenzo, militar progresista amigo de Prim, representa a la perfección el confuso pretorianismo decimonónico: participó en la conspiración antiesparterista de 1843 y sufrió con estoicismo el acoso profesional durante la década moderada antes de pasar por la aventura mexicana, retornar al progresismo con el duque de Reus en 1862 y participar de forma destacada en el pronunciamiento de Villarejo de Salvanés y en la gloriosa revolución» de septiembre de 1868, que le valió el ascenso a teniente general «en atención a los servicios a la causa de la libertad».

Si Lorenzo vivió la conservadurización de la oficialidad del Ejército tras las convulsiones del año 1873, y acabó acatando al «rey soldado» Alfonso XII, su sobrino Joaquín, a quien protegió al inicio de su carrera, es un fiel exponente del militarismo subyacente al régimen de la Restauración. Prototipo de militar palaciego, su trayectoria profesional quedó marcada por un monarquismo ultraconservador que no hizo ascos a soluciones autoritarias, como demuestra su ejecutoria en la Capitanía General de Cataluña de septiembre de 1918 a febrero de 1920. Allí, con el auxilio del movimiento «juntero», de las «fuerzas vivas de Barcelona y del propio rey, instauró un modelo autoritario de gestión de los asuntos sociales que tuvo amplio eco en la España de los años veinte. No es de extrañar que, en septiembre de

1923, Puig i Cadafalch se despidiese de Primo de Rivera solicitándole que fuese «un Milans del Bosch para todo el país».

Esta deriva reactiva de la familia se confirmó durante la Dictadura (Joaquín fue nombrado gobernador civil de Barcelona en 1924), se agudizó durante la República (cuatro de sus hijos se acogieron al retiro establecido por la «Ley Azaña») y alcanzó su paroxismo en los años de la guerra civil, en la que Joaquín fue fusilado mientras su nieto Jaime luchaba en el Alcázar de Toledo, donde hoy está enterrado. Legionario, divisionario en Rusia y luchador ocasional contra el maquis, este último teniente general de una familia repleta de entorchados quedó vinculado para siempre a su gestión personalista al mando de la División Acorazada Brunete (donde ya amenazó con «sacar las tropas a la calle» tras la legalización de PCE) y su implicación directa en el golpe de Estado de 1981, acontecimiento disecionado con pericia por Cardona, que tiene un amplio conocimiento de los entresijos administrativos, políticos y psicológicos del ejército español de aquella época.

De esta saga familiar que casi compendia la historia del ejército español contemporáneo se pueden extraer varios puntos de coincidencia, donde destaca una fuerte presencia de la tradición castrense trufada de heroísmo cuando las circunstancias lo requerían, y ello a pesar de haber formado parte de tan denostado «Ejército de Madrid» alejado de las campañas coloniales. Quizás por esa circunstancia, voluntariamente escogida, los Milans mostraron desde primera hora una ambición personal lubricada por las buenas rela-

ciones (las de Francisco con el capitán general Luis Lacy, de Lorenzo con el general Prim, de Joaquín con Fernando Primo de Rivera o de Jaime con el rey Juan Carlos), pero lastrada por una persistente tentación al intervencionismo político que llevó al exilio a Francisco y a Lorenzo, al asesinato de Joaquín y a la cárcel a Jaime.

En la masía de Sant Vicenç de Montalt, que se divisa siempre al fondo de la historia, había hasta épocas recientes una pieza de artillería que apuntaba el camino de acceso, y que los Milans empleaban en «juegos» como atrapar al vuelo una bala disparada con escasa carga de pólvora. Hoy en día esta combativa familia de payeses reconvertidos en guerreros de Caballería ha dejado de ser predominantemente militar, pero los «Milanos del Bosque» siguen cultivando esta leyenda de extrema combatividad: una familia al pie del cañón.

Eduardo González Calleja  
CSIC

MOSSE, George L., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005, 286 págs.; GENTILE, Emilio, *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, 325 págs.; EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich. El ascenso de los nazis al poder*, Barcelona, Península, 2005, 669 págs.

El amplio interés público que suscita el fascismo genera sin cesar una ingente bibliografía, que suele llegar a España de forma tardía y fragmenta-

ria. De ahí la importancia de traducir obras que, como la de Mosse, ha sido enormemente influyente entre los especialistas anglosajones, italianos o alemanes dedicados a la historia de entreguerras, impregnados de conceptos suyos como «brutalización», «trivialización» de la experiencia de guerra (véase su obra *Fallen Soldiers*, 1990) o «nacionalización de masas». A este último asunto responde la presente recopilación de ensayos, editada originalmente en 1975, y que en su momento supuso un giro radical del trabajo del autor hacia una historia cultural menos atenta a las ideas políticas que a las representaciones colectivas. En esta obra de referencia, que contó con el asesoramiento nada menos que de Albert Speer, Mosse desarrolló el concepto de «religión secular» para designar los actos políticos que los fascismos convirtieron en la dramatización de los mitos y cultos de una nueva creencia colectiva. En su opinión, la conjunción de la idea rousseauiana de «voluntad general» y de la moderna conciencia nacional generó un ritual sincrético que se tornó en una religión secularizada con el desarrollo de una liturgia nacional-popular cuyo origen hace arrancar de la Revolución Francesa. En esa línea de interpretación, el movimiento nacionalista alemán ya había adoptado la fisonomía de una religión secular mucho antes de que las convulsiones morales de la Gran Guerra dejaran expedito el camino a un culto de la comunidad nacional-racial que alcanzó su paroxismo durante el Tercer Reich. Con esa predisposición relativista, y anticipándose a los hallazgos de los «lugares de memoria» de Pierre Nora, Mosse repasa asuntos como el

desarrollo de una estética clasicista, el gusto por el monumentalismo de simbología germánica romántica, los festejos públicos que se arrogaron el monopolio de lo sagrado, o las instituciones que fueron decisivas para la preservación y el enriquecimiento de esta nueva religión secular, como las asociaciones patrióticas, gimnásticas, juveniles, musicales, paramilitares y obreras. La conjunción de monumentos nacionales y festejos públicos proporcionó los mitos y símbolos de una liturgia nacional que Hitler no inventó, sino que aprovechó, depuró y estilizó en su provecho, imponiendo el gusto por la impresión y el ceremonial de un espacio colectivo cuya sacralidad dominaba sobre su funcionalidad. Esta indagación en las raíces simbólicas del nacionalismo, racismo y antisemitismo nazi resulta, además, muy reveladora en la actualidad, donde los usos políticos del espacio público siguen generando polémica con el monumento al Holocausto inaugurado junto al antiguo Reichstag berlinés.

Uno de los historiadores que ha utilizado con mayor rigor el concepto de «religión secular» es Emilio Gentile, probablemente el más destacado especialista italiano actual sobre la historia del fascismo. Si bien el presente ensayo recopilatorio podría ser visto como una obra menor en su abundante bibliografía, centrada en la ideología fascista (*Le origini dell'ideologia fascista*, 1975), las relaciones entre partido y Estado (*Storia del partito fascista*, 1989; *La via italiana al totalitarismo*, 1995) o la sacralización de la política (*Il culto del littorio*, 1993; *Le religioni della politica*, 2001), su ambición resulta muy notable, ya que ella se propone definir uno de los conceptos políticos más

trascendentales, pero a la vez más imprecisos de los generados en el siglo XX. Gentile combate sin tregua las corrientes intelectuales proclives a la «desfascistización», entendida como «deshistorización» del régimen mussoliniano, que asevera el presunto carácter epifenoménico de un movimiento que, en la particular visión de esta tendencia revisionista, no fue sino la secuela contingente y extrema de procesos más definidos, como el anti-proletariado burgués, el nacionalismo extremo, la crisis moral de entreguerras o los problemas suscitados por la irrupción de la sociedad de masas y el avance del proceso de modernización. Por el contrario, Gentile restituye al fascismo su individualidad histórica como fenómeno político rabiosamente moderno, nacionalista, revolucionario, totalitario, racista, imperialista y antiliberal, y para ello articula su argumento en dos grandes bloques temáticos. La primera parte es una introducción a la historia y a las interpretaciones del fascismo, rematada con una propuesta muy concreta de definición del fenómeno desde su triple dimensión organizativa, cultural e institucional. El segundo bloque de ensayos aborda cuestiones puntuales como el carácter revolucionario y modernista del fascismo, su ideología, su carácter totalitario o su plasmación como religión política a través de mitos como la exaltación de la figura de Mussolini o la aspiración a construir un «hombre nuevo». Todo ello hace de la obra de Gentile una excelente introducción al tema, quizás la mejor disponible en este momento en castellano, al apostar por un estudio más realista y complejo de la naturaleza del fascismo como fenómeno eminentemente histórico.

La obra de Evans sobre los antecedentes históricos de la llegada al poder del nazismo sigue la misma senda de alta divulgación propuesta por Gentile para el caso italiano. Este profesor de la Universidad de Cambridge, que con Ian Kershaw y Michael Burleigh forma el grupo más selecto de especialistas británicos sobre el régimen nazi, nos propone el primer tomo de una monumental trilogía sobre los 75 años que van de la proclamación del Segundo Reich a la caída del Tercero. Tarea ingente, si tenemos en cuenta que hasta el año 2000 se evalúan en 37.000 los títulos aparecidos sobre historia del nazismo, lo que transforma cualquier pretensión de síntesis en una aventura titánica pero no menos necesaria. Este volumen inicial, que arranca de la victoria de 1870 y finaliza con la *Gleichschaltung* (la coordinación socioinstitucional forzosa impuesta por los nazis) de 1933, Evans plantea un enfoque alternativo al biográfico de Kershaw y el moral de Burleigh. Aquí predomina el tono testimonial, que trata de reproducir el modo en que los alemanes percibieron las situaciones a las que se enfrentaron. Es preciso advertir que el autor comparte la tesis de la continuidad de la historia germana contemporánea (ya expuesta por Fritz Fischer a inicios de los sesenta al estudiar los objetivos belicistas de la Alemania guillermiana), centrada en las ocasiones perdidas por el liberalismo ante el autoritarismo bismarckiano y el militarismo prusiano. De esta suerte, el «descenso al caos» de la posguerra mundial no hizo sino agudizar las tendencias profundas de la cultura política germana, donde el nacionalismo radical dominante

permitió conectar los resentimientos de la «generación del frente» con las frustraciones de las nuevas generaciones. Y todo ello, como se observa en la segunda parte del libro, en un contexto democrático crecientemente debilitado, que fue incapaz de frenar el ascenso de un movimiento que respondía a la sensibilidad ultranacionalista y antisemita de muchos alemanes. Tras una disección de las principales personalidades del partido nazi y de las actitudes de su militancia (basadas en la compilación de testimonios realizada en 1934 por el sociólogo americano Theodore Abel y luego utilizada por Peter H. Merkl), Evans concluye que la llegada de Hitler al poder consumó una auténtica «revolución de la destrucción», por la naturaleza ilegal y violenta de la toma del poder, y por el carácter de utopía racial destructiva que tuvo su práctica política.

Eduardo González Calleja  
CSIC

VIÑAS, Ángel, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona, Crítica, 2006, 551 págs.

Este libro es de los que contribuyen a afianzar a uno en el ejercicio de su profesión, la de historiador, y cuya lectura ayuda alejarse de la idea o la sensación muy extendidas desde hace años de la llamada «crisis de la historia». En este caso vale la recomendación que en su día dio Santos Juliá, cuando dijo que para salir de la crisis lo mejor era negarla y seguir trabajando con los materiales y los métodos que le son propios, es decir,

los de las ciencias sociales, que después explicitó de forma sistemática Julio Aróstegui.

*La soledad de la República* es un libro de tesis que está expresamente formulada en el subtítulo, *el abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética* en los primeros meses de la guerra civil, que es el lapso de tiempo analizado con profundidad en esta obra, aunque a la vez se ha de decir que el autor la presenta como la primera parte de una trilogía en la que hallarán su espacio las complejas relaciones internacionales entre los países que se implicaron a lo largo del conflicto. Pero como libro de tesis hay en él no sólo documentación, análisis y mucha reflexión sino también debate: con los revisionistas, es decir, con aquéllos que, con gran éxito editorial, han traducido al lenguaje actual los viejos textos propagandistas del franquismo, como la *Historia de la Cruzada* de Joaquín Arrarás, y los más modernos de Ricardo de la Cierva y Stanley G. Paine, a los que fundamentalmente niega el valor documental en los que se apoyan; y con otros historiadores y analistas con los que, a pesar de aplicar un estricto rigor intelectual en sus trabajos, no coincide en sus apreciaciones y valoraciones, como sucede con Pablo Martín Aceña, Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo y Enrique Moradiellos.

A medida que se avanza en la lectura de este libro sorprende el acervo documental en el que se apoya, que procede de los archivos ingleses, franceses, de la propia República, sobre todo los de Juan Negrín, y muy especialmente de los de la URSS. Estos últimos eran inéditos en su mayoría, y de ellos no sólo se ha obtenido



información sino que también han servido para desmontar las patrañas construidas sobre la intervención soviética en la guerra civil a partir de las declaraciones de ex agentes soviéticos que se pasaron a la zona occidental durante la guerra fría. En muchas de las páginas de *La soledad de la República* es preciso hacer una doble lectura paralela: la del texto elaborado por el autor, que constituye el discurso historiográfico expositivo, argumentativo o dialéctico de cada uno de los capítulos, y la de las notas a pié de página, en donde constan las referencias documentales, los extractos de algunos textos, las manipulaciones, tergiversaciones y mutilaciones efectuadas sobre ellos, y los agentes de tales actos. Todo lo cual contribuye a enriquecer el texto principal y hacer más sugerente su lectura. Una forma de calibrar el trabajo que se encierra en estas páginas es el simple repaso de las noventa y ocho instituciones, organismos y cargos públicos cuyas siglas transitan por el texto, y de las doscientas treinta y siete llamadas por el autor «dramatis personae», de las que ciento una eran españoles, veintidós ingleses, veintinueve franceses, cuarenta y seis soviéticos, cinco mexicanos, nueve alemanes, diez y seis italianos y nueve norteamericanos, que forman un conjunto bastante difícil de mover y que en todo caso necesitan un escenario de amplias dimensiones en el que cada uno encuentre su lugar y que el autor ha acertado a montar en este libro.

El autor, Ángel Viñas, es un historiador dotado de grandes capacidades y que dispone de un abundante bagaje intelectual y profesional. Políglota, catedrático de Economía Aplicada,

técnico comercial y economista del Estado, y diplomático al servicio de la Comisión Europea desde hace muchos años, ha puesto todo su saber y experiencia en la base de su investigación histórica, que en lo que se refiere al tema que nos ocupa se remonta hasta mediados de los años setenta, cuando publicó *La Alemania nazi y el 18 de julio* (1974), seguido poco después de *El oro español en la guerra civil* (1976) y de *El oro de Moscú: alfa y omega de un mito franquista* (1979). Cuestiones que en ningún momento ha dejado de lado este historiador, tal como lo demostró con el libro *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil: antecedentes y consecuencias* (2001) y ahora con *La soledad de la República*. Ángel Viñas, por lo tanto, no es un historiador novel ni alguien que se acerca por primera vez a estos temas sino que se trata de un auténtico experto, que ha estudiado y meditado mucho la cuestión y que expone sus ideas con el convencimiento que da el saber y la valentía que le lleva a establecer la línea divisoria entre la certeza y el error. Pero Ángel Viñas, además, es un historiador honesto, consciente de los límites a los que ha llegado el conocimiento historiográfico actual; por lo que en ningún caso extiende sus argumentaciones más allá de lo que permiten las fuentes conocidas pero deja planteadas las cuestiones y ofrece generosas sugerencias para la investigación posterior.

La obra está dividida en tres partes: la primera tiene como título «¿Quién echa una mano a la República?», para resaltar el desconcierto, la debilidad y, en último término, la soledad en la que se encontraría el Gobierno de la República ante la rebelión militar a lo largo de esta etapa, que el autor deli-

mita entre el 19 de julio y los primeros días de septiembre de 1936. En aquellas seis semanas el Gobierno republicano constata la retracción de Francia y la enemistad británica (*La perfidia de Albión*, de la que trató E. Moradiellos en 1996), que proponen y encabezan el Comité de No Intervención, a pesar de que los servicios secretos británicos detectaban la ayuda que los gobiernos de Italia y Alemania estaban prestando a las fuerzas rebeldes. En cambio, a la República se le cierran aquellos mercados y se ponen todo tipo de inconvenientes al Gobierno mexicano que se ofrecía a actuar de intermediario para proporcionarle ayuda militar. Las razones que explican estas actuaciones, y que Ángel Viñas analiza con precisión, son el acendrado conservadurismo de la sociedad inglesa y en particular del Partido Conservador, entonces en el Gobierno, que consideraba muy peligrosas para sus intereses las reformas socioeconómicas puestas en marcha por el gobierno republicano, la intensa división de la sociedad francesa, cuya derecha y extrema derecha veían a la República española como enemigo inminente y el miedo a las represalias alemanas ante el posible pacto entre los dos gobiernos republicanos. Pero la No Intervención en España equivalía a reconocer de hecho la categoría de beligerante a la facción rebelde del ejército (Junta de Defensa Nacional) y colocarla en el mismo plano que al gobierno legítimo y con mayor nivel de tolerancia. Francia e Inglaterra, en definitiva, por miedo a Italia y Alemania, contribuyeron a aumentar el poder de éstas por su actitud ante la guerra civil española. El autor, además, desmonta documentalmente las patrañas e insidias

difundidas en aquellos países sobre la inminente revolución comunista que estallaría en la España republicana. En medio de aquella soledad desesperada el Gobierno republicano acudirá a los traficantes internacionales de armas y solicitará ayuda a la Unión Soviética.

En la segunda parte «Ayudas y autoayuda», el autor trata de la formación del primer gobierno de Largo Caballero, gobierno de concentración republicana, que iniciará el proceso de recuperación del poder central del Estado y de reconstrucción del ejército republicano, en el que estará representado el Partido Comunista y en el que el socialista Juan Negrín se hará cargo de la cartera de Hacienda. Asimismo trata del cambio de estrategia de la Unión Soviética hacia la República española y del traslado del oro del Banco de España a los depósitos militares de Cartagena. Para situar adecuadamente la relación que establecerá la República con la URSS se ha de tener en cuenta que entre ambos países no existían relaciones diplomáticas de manera que las primeras peticiones de ayuda se realizaron a través de la embajada en París, que el embajador de la Unión Soviética llegó a Madrid a finales de agosto y que el embajador español presentó sus cartas credenciales en Moscú el 9 de octubre. La ayuda soviética a la República española de forma clara se debió, a juicio de Ángel Viñas, a razones geopolíticas, tratando de impedir la expansión del fascismo en el suroeste europeo ya que la URSS estaba preocupada prioritariamente por la estabilidad de las relaciones internacionales, y a razones ideológicas porque veía a la CNT y al POUM como afines a los trotskistas, a los que Stalin estaba persiguiendo con saña.

Pero, aparte de esto, los diplomáticos soviéticos hicieron una seria advertencia en el Comité de No Intervención, en los primeros días de octubre, principalmente a los representantes de Francia y del Reino Unido, de que la URSS se sentiría liberada de sus compromisos si no se interrumpía la ayuda que Alemania e Italia prestaban a los militares rebeldes. Así pues, fue la soledad en la que se situó al Gobierno de la República lo que impulsó a éste a solicitar ayuda a una potencia con la que no había tenido una relación especial en los años anteriores. Ángel Viñas analiza con detenimiento este proceso de cambio de estrategias, marcando con precisión los vacíos que no permite cubrir todavía la documentación conocida, a pesar de la importante información que han aportado los archivos soviéticos.

Por último, en la tercera parte, «Para la defensa de la República», trata el autor de la llegada de la ayuda militar soviética a la República, de la formación de las Brigadas Internacionales y de la salida del oro de los depósitos de Cartagena hacia la URSS. Con el armamento y la aviación soviética, dice Ángel Viñas, se equilibraba el potencial militar de la República con el que disponían los rebeldes, aunque aquélla lo recibía con excesivo retraso y los perjuicios sufridos serían ya difícilmente superables; pero con aquel material y la ayuda de las Brigadas Internacionales la República pudo contener al ejército franquista en las proximidades de Madrid, y con el oro, pagar el material adquirido, al contado y a altos precios, porque la República había perdido todo el crédito en los mercados financieros internacionales. A propósito del oro depositado en la

URSS, Ángel Viñas critica a los autores que han planteado la posibilidad de llevarlo a París, Londres o a alguna institución financiera norteamericana, utilizando una especie de reducción al absurdo, preguntándose qué habría sucedido en aquellos centros con el oro si antes habían puesto tantas dificultades a la compra de material, a la actuación de países intermediarios y al movimiento de divisas de titularidad republicana.

*La soledad de la República*, por lo tanto, es un libro bien documentado y construido, que sitúa en un nivel muy alto el conocimiento historiográfico sobre las implicaciones internacionales en la guerra civil española y que va a dejar a los lectores y estudiosos muy bien dispuestos esperando los dos libros restantes de la trilogía anunciada.

Glicerio Sánchez Recio  
Universidad de Alicante

PABLO, Santiago de, *Tierra sin paz. Guerra Civil, cine y propaganda en el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, 352 págs.

Enmarcados en un contexto en el que la historiografía cinematográfica española está comenzando a dibujar una nueva realidad, el libro de Santiago de Pablo supone una nueva pieza para la configuración de ésta. En los comienzos del género se tendió a crear magnas obras de carácter general que, si bien pudieron dibujar un panorama básico de la evolución del cine en España, dejaron en su camino un reguero de lagunas y errores que urgía solventar. Es por ello que en los últimos tiempos han comen-

zado a proliferar estudios concretos sobre diferentes parcelas de nuestra historia cinematográfica, que desde nuevas bases documentales tratan de completar esas lagunas y dar mayor consistencia al estudio de la evolución histórica del cine español. Una de esas parcelas es la que se refiere a la producción cinematográfica durante la Guerra Civil. Un tema que durante años ha quedado únicamente sostenido por los pioneros estudios de Román Gubern<sup>1</sup>, y que necesitaba una urgente profundización. Ésta ha llegado a partir de minuciosos análisis por regiones geográficas que pretenden, a partir de cada realidad local, ofrecer un completo panorama del mundo de la gran pantalla durante este trascendental período. Así, los trabajos de investigadores como José María Claver, Víctor Manuel Amar o José Cabeza, suponen el antecedente más directo a la obra que nos ocupa<sup>2</sup>. Con ellos se ha clarificado la producción cinematográfica durante la Guerra en Andalucía, Aragón y Madrid. Era pues el turno de hacer lo propio en un ámbito tan peculiar, dificultoso y trascendente como el vasco.

El autor ha planteado su estudio en cuatro parcelas bien definidas. La pri-

mera, más somera y explicativa, pretende ubicar al lector en el contexto que se analiza; esto es plantear el papel de las provincias vascas y Navarra durante la Guerra, sus peculiaridades sociales y políticas, así como la importancia del uso de la información y la propaganda durante la contienda. Y es que factores como la fuerte influencia carlista, católica y el alineamiento del PNV al bando republicano, van a agregar al conflicto en tierras vascas unos condicionantes que marcarán la producción cinematográfica. Abre entonces el autor una doble vertiente analítica entre los dos bandos cuya producción, de carácter mayoritariamente documental y propagandístico es desmenuzado convenientemente.

De esta forma, el segundo bloque de la obra, dedicado al cine en el bando nacional, ofrece una pormenorizada panorámica de los documentales realizados, su rodaje, producción e intencionalidad. En este aspecto resulta clave la observación que Santiago de Pablo realiza acerca de la dualidad ideológica del cine nacional en esos momentos. La influencia carlista, mucho más cercana a tendencias vascuistas, va a chocar con el marcado españolismo de Falange, cuyo principal objetivo era presentar a las vascas como un territorio español víctima de la «locura rojo-separatista». A pesar de ello, estas diferencias quedaban camufladas bajo un manto de nacionalcatolicismo español. Estos matices se apreciaban también en la realización del *Noticiero Español*, cuyo estudio es otra de las grandes aportaciones del autor en esta obra, junto con la mención a los *Celuloides Cómicos* que, basados mayoritariamente en textos de Jardiel Poncela, suponen un

1. Véase GUBERN, Román, *1936-1939. La Guerra de España en la pantalla*, Madrid, Filmoteca Española, 1986.

2. Véanse las obras CLAVER, José María, *El cine a en Aragón durante la Guerra Civil*, Ayuntamiento de Zaragoza, 1997 y, del mismo autor, *El cine en Andalucía durante la Guerra Civil*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 2000; AMAR, Víctor Manuel, *El cine en Cádiz durante la Guerra Civil Española*, Cádiz, Universidad de Cádiz/Quórum Libros, 1999; y CABEZA, José, *El descanso del guerrero. El cine en Madrid durante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid, Rialp, 2005.

excepcional y original documento de la producción filmica nacional en esos momentos.

En cuanto al cine republicano, abordado en el tercer bloque del libro, destaca el minucioso estudio del engranaje que el Gobierno Vasco va a crear a través de su Gabinete Cinematográfico y del trabajo de importantes profesionales. Así nacen los llamados *documentales vascos*, que De Pablo estudia en profundidad y que mezclan convenientemente el factor político-propagandístico con el cultural y tradicional. Por su puesto, uno de los puntos fuertes del capítulo es el amplio estudio sobre el nacimiento del film *Gernika*, sus claves y la comparación entre la visión republicana y la nacional de este célebre bombardeo en la gran pantalla<sup>3</sup>.

Finalmente, el cuarto y último capítulo, trata de cerrar la visión de la Guerra Civil en el País Vasco a través del cine, con la imagen que ofrece de ésta el resto del mundo occidental. La conclusión general es que, a pesar de la neutralidad de la mayoría de países, la visión ofrecida será sutilmente favorable al bando nacional. Sutileza que desaparece en los noticiarios y documentales alemanes e italianos, claramente orientados a un bando. Resulta aquí encomiable la labor investigadora del autor que nos ofrece una completa relación de todas las referencias informativas en Europa sobre el País Vasco en la guerra.

Un rico anexo final titulado «las películas inexistentes», que trata de

reflejar también aquellas producciones que existieron pero de las cuales no contamos hoy con evidencias visuales, ejerce de conclusión de un destacable trabajo de investigación que aporta una renovada y completa visión de lo que supuso la labor cinematográfica en el País Vasco durante el período 1936-1939. Así, *Tierra sin paz. Guerra, cine y propaganda en el País Vasco*, representa una pieza más en la revisión historiográfica de la historia cinematográfica española y consolida a Santiago de Pablo como nombre de referencia para la historia del cine vasco.

Carlos Aragüez Rubio  
Universidad de Alicante

REQUENA GALLEGO, Manuel y SEPÚLVEDA LOSA, Rosa M<sup>a</sup>. (coord.), *La sanidad en las Brigadas Internacionales*, CEDOBI/Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2006.

En las últimas décadas la Guerra Civil Española ha sido uno de los temas favoritos del historiador contemporáneo. Desde el momento de la llegada de la democracia, la posibilidad de indagar y reflexionar sobre el tema cimentó un gran número de estudios que se han prodigado desde entonces. Dicha contienda ofrece al investigador una gran variedad de parcelas de estudio, muchas de las cuales permanecen, todavía en la actualidad, insuficientemente estudiadas. Entre ellas, decir que el papel de las Brigadas Internacionales no ha sido profundamente estudiado no respondería a la realidad, si bien la complejidad del fenómeno da para análisis de mayor especialización. Es cierto que contamos con recientes trabajos

3. Sobre este tema véase PABLO, Santiago de (ed.), *Gernika y el cine*, Centro de Documentación sobre el Bombardeo de Gernika (CBDG), Ayuntamiento de Gernika, 2003.

de importancia como los de Francisco Aracil, Fernando Rodríguez de la Torre o la Asociación de Historia Contemporánea<sup>4</sup>. Pero la vida diaria de este contingente extranjero que vino a defender la legitimidad de la II República Española, ofrece la posibilidad de otros análisis que van más allá del meramente histórico. Precisamente el libro del que tratamos ofrece al lector otra imagen del discurrir de las Brigadas Internacionales en España. Una imagen vinculada al mundo sanitario de la guerra que, si ya puede resultar interesante en un plano genérico, lo es más si cabe al introducir la variante de la convivencia de europeos de diversas nacionalidades con médicos y enfermeras españoles, así como con ciudadanos de diferentes poblaciones de la retaguardia republicana.

Lo que Manuel Requena y Rosa María Sepúlveda plantean con este trabajo, no es una historia de médicos, ni una historia militar<sup>5</sup>. Se trata de un compendio de artículos que tratan de acercar al lector a la vida que genera-

ban los hospitales encargados de atender a los heridos de los frentes donde operaban algunas de las famosas Brigadas. De ella se extrae tanto avances y soluciones médico-sanitarias, como la experiencia social de unas relaciones interpersonales entre gentes de distinta nacionalidad pero movidos por un mismo objetivo. Tampoco se descuida el rigor historiográfico, contando la obra con interesantes anexos documentales sobre variadas cuestiones como datos biográficos de médicos y enfermeras, partes de defunción, número de atendidos por hospital o tipos de afecciones tratadas.

Podemos decir que la primera parte del libro, que circunscribimos a los dos capítulos iniciales, se basa en la memoria personal de dos médicos que vivieron, de primera mano y con un destacado papel, la contienda en el seno de las Brigadas Internacionales. Se trata de dos profesionales de prestigio como son José María Massons y Moisés Broggi, ambos pertenecientes a la Real Academia de Medicina de Cataluña, y que relatan sus experiencias en aquellos hospitales. De ellas se extrae la peculiar, por poco habitual, visión que un médico tuvo desde el hospital de campaña de episodios bélicos tan recordados como los de Brunete o Belchite. Unos recuerdos que aportan tanto un buen número de anécdotas y soluciones médicas a problemas concretos, como un punto de vista entrañable y humano, que es el que deriva de las relaciones de convivencia entre militares y personal sanitario.

Una vez encuadrado el lector en el contexto sanitario de los frentes donde actuaba las Brigadas Internacionales, el siguiente capítulo, a cargo de Cándido Polo, relata una cuestión po-

4. Ver ARACIL, Francisco, *Bibliografía de las Brigadas Internacionales y de la participación de extranjeros a favor de la República (1936-1939)*, Barcelona, Edifil, 2002; ASOCIACIÓN DE HISTÓRICA CONTEMPORÁNEA, *Las Brigadas Internacionales*, Madrid, Marcial Pons, 2005; RODRÍGUEZ DE LA TORRE, Fernando, *Bibliografía de las Brigadas Internacionales y de la participación de extranjeros a favor de la República*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses «Don Juan Manuel» de la Excm. Diputación de Albacete, 2006.

5. Este no es el primer trabajo de los autores sobre las Brigadas Internacionales. Antes podemos acudir a REQUENA GALLEGO, Manuel y SEPÚLVEDA LOSA, Rosa M<sup>a</sup>. (Coord.), *Las Brigadas Internacionales: el contexto internacional, los medios de propaganda, literatura y memorias*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2003.

co conocida como es la participación activa desde el punto de vista médico de un discípulo directo de Sigmund Freud en el frente republicano. De nombre Max Hodann, la participación voluntaria de este alemán, sirve a Polo de pretexto para analizar la importancia de la psicología en un contexto bélico, así como los debates a los que dio pie durante el conflicto. El título del artículo, *La controversia de Babel*, deja ya intuir el papel preponderante que en esos debates tendrá el factor relacionado con la gran amalgama cultural que supone las Brigadas Internacionales y que diferencia la posible actividad psiquiátrica en ellas, de la de cualquier otro frente de la contienda. Todo ello acabaría reflejado en la prensa sanitaria del momento, con publicaciones como *La voz de la sanidad*, donde expertos como el citado Hodann debatieron intensamente todas aquellas cuestiones relacionada con la psicología tanto de los contendientes como del personal de retaguardia. De esas discusiones quizás la que plantea un especial atractivo es la que el autor bautiza como «psicoterapia para una derrota» y que reflexiona sobre el tratamiento psicológico de los perdedores. Todas estas cuestiones, psicología, publicaciones y motivación, pueden enlazar perfectamente con el último artículo del libro, escrito por Mirta Núñez, en el que analiza el papel de las letras en aquel contexto sanitario-militar. En concreto analiza publicaciones como la ya mencionada *La voz de la sanidad* u otras como la revista de retaguardia *AMI*, portavoz oficial de ayuda médica internacional, o la menos conocida *Nuestro Frente*, portavoz del Centro Sanitario de las Brigadas Internacionales.

El tercer bloque de la obra, representado por los artículos quinto y sexto, responde a estudios concretos acerca del trabajo y peculiaridades de dos hospitales concretos de las Brigadas Internacionales. Por un lado Guillermo Casañ plantea un riguroso análisis de lo acontecido en la ciudad de Benicàssim, uno de los centros operativos más importantes desde el punto de vista sanitarios, en el que destaca la gran documentación que maneja el autor, lo que le permite un pormenorizado estudio del citado hospital, que concluye con un interesante apéndice de los brigadistas allí fallecidos y enterrados. Por otro lado, tenemos el trabajo de Ángel Beneito, en este caso enfocado a la importancia de la ayuda escandinava, sus causas y características, ejemplificadas en el hospital sueco-noruego que funcionó en la ciudad de Alcoi. Inaugurado el 25 de abril de 1937, funcionó durante varios meses con exclusiva dirección escandinava, pasando posteriormente a control de las autoridades republicanas. El análisis de su nacimiento y evolución resulta muy interesante, no sólo desde el punto de vista médico o humano (destacando el gran recuerdo que en la ciudad dejó el personal sanitario sueco-noruego), si no también desde el del propio edificio hospitalario, el cual terminó funcionando en los primeros años de posguerra como cárcel franquista para presos políticos.

Llegados a este punto de la obra, y con una gran variedad enfoques y matices sobre un mismo tema, el último artículo que resta por analizar cierra definitivamente el círculo. Tenemos por un lado las memorias del personal médico, las publicaciones por otro y el análisis sobre el funcionamiento

de los hospitales. Sólo queda, pues, para completar la visión sanitaria en torno a las Brigadas Internacionales, el testimonio en primera persona de un brigadista atendido en estos centros y por aquel personal. El encargado de ello es el austriaco Hans Landauer, quien relata su estancia en dos hospitales concretos: el de Benicàssim y el de Vals, así como su historia personal y las causas que le llevaron a formar parte de las Brigadas Internacionales en su particular lucha contra el fascismo.

En conclusión, podemos decir que *La sanidad en las Brigadas Internacionales* es un variado trabajo alrededor del mundo sanitario que subyace tras la participación de las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil Española. La obra deja una serie de datos, vivencias y curiosidades de interés, no sólo para médicos o personal sanitario, sino también para historiadores preocupados en la búsqueda de testimonios peculiares de la vida en el frente republicano.

Carlos Aragón Rubio  
Universidad de Alicante

GÓMEZ RUIZ, Carmen y CAMPOS OSABA, Luis, *Cárcel de amor. Una historia real en la dictadura franquista*. Documentación, Introducción y Estudio Preliminar a cargo de Encarnación Lemus. Prólogo a cargo de Santiago Carrillo, Sevilla, Fundación El Monte, 2005, 330 págs.

*Cárcel de amor*, constituye, como bien señala Santiago Carrillo en su prólogo, «una historia de amor y de lucha». Un libro bello e insólito que nos llega de la mano de Encarna Le-

mus, estudiosa de la resistencia antifranquista, que es quien documenta y contextualiza históricamente el núcleo central de la obra: las 96 cartas que Carmen Gómez y Luis Campos se intercambiaron entre el 6 de abril de 1948 y el 10 de marzo de 1949, mientras ambos estuvieron presos en la cárcel de Sevilla, antes que Luis fuera puesto contra las tapias del cementerio sevillano. Cuidadosamente editado y con un excelente estudio preliminar, este libro de memoria y homenaje, constituye un recurso historiográfico de indudable interés, por una expresividad de gran calidad literaria, mediante la cual esta pareja de presos políticos consiguió sublimar el dolor a través de la exaltación del amor. El valor documental de estas cartas, así como el del diario de los últimos días, legado por Luis Campos, y de su testamento, viene reforzado con el testimonio de la propia Carmen, imprescindible para poder adentrarse, como así se hace en el libro, en el complejo mundo de la cotidianidad y de los sentimientos más íntimos, de la «emoción», una variable renuente, como bien señala Encarna Lemus, a los ojos de los historiadores –de quienes se implicaron, hasta poner en peligro sus vidas, en una lucha sin tregua contra la dictadura–.

Sólo en el ámbito de la correspondencia desde la prisión, las recopilaciones de cartas a las que acudir no son pocas. En su estudio preliminar Encarna Lemus no deja de referirse, por ejemplo, a las cartas de Julián Besteiro a su esposa Dolores Cebrián o a las habidas entre Miguel Hernández y Josefina, bien conocidas por los historiadores que paulatinamente vamos acudiendo a este de material, como



hace, por citar un ejemplo, David Ginard en su biografía sobre otra conocida luchadora comunista, muerta trágicamente en la cárcel de Palma de Mallorca en 1942, Matilde Landa, con las cartas que envió a su hija, sin olvidar el valor que están teniendo para muchos estudiosos colecciones menos conocidas como la que nos ofrece Antonio Ontañón, en su obra *Rescatados del Olvido*, editada por el mismo en Santander en 2003, en la que reúne abundantes escritos de republicanos cántabros condenados a muerte a sus familiares más allegados.

Sea como fuere, la correspondencia intercambiada por los protagonistas de esta *Cárcel de amor* tiene el valor añadido de constituir un relato inmediato e ininterrumpido de un año de encierro en clave de vivencias personales. Un pequeño hilo, que desde la dirección de la prisión se les permitió estirar, que acabó convertido, como bien señala la profesora Lemus, en «un torrente de comunicación», interrumpido con la ejecución del esposo. Las propias restricciones carcelarias impondrían la creación de un mundo propio, hermoso e infranqueable, en el que solo cabían expresiones amorosas, escritas por dos personas jóvenes y cultas a través de las cuales se intuye todo aquello que no pueden formular, especialmente la inexorabilidad del final trágico de su historia. Un universo armónico hecho sólo de palabras, que Carmen ha preservado hasta hoy, seguramente persuadida del bien que puede hacer a las nuevas generaciones de españoles dar a conocer la generosidad, espíritu de sacrificio y capacidad de estima que demostraron tantos luchadores antifranquistas, denigrados por el régimen como vulgares bandoleros.

En el libro se dan abundantes referencias al compromiso vital y a las trayectorias personales de ambos luchadores. El madrileño Luis Campos Osaba, practicante en un sanatorio médico-quirúrgico y estudiante de medicina, fue juzgado en el mismo proceso en el que, también se condenó a muerte a José Mayo Fernández y Manuel López Castro, todos miembros del Partido Comunista. Cayeron en Sevilla, el 6 de febrero de 1948, en una redada que arrastró a más de cuarenta militantes de la organización andaluza. Los tres habían pertenecido al Comité Regional andaluz que habían ayudado a refundar, y juntos fueron fusilados el 12 de marzo de 1949, dos días después que Luis escribiera su última carta a Carmen. Habían participado en la lucha antifranquista, intensificada en los años finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando muchos creyeron posible unir la suerte de España a la de los aliados. Fiel a la estrategia de resistencia del Partido Comunista, a pesar del fracaso habido en la invasión del Valle de Arán, en octubre de 1944, y del desenlace final de la guerra mundial, Luis Campos Osaba llegó a Andalucía en 1946, procedente de Francia y después de haber pasado por la escuela de entrenamiento clandestino de Toulouse, con el objetivo de conectar con la organización de las fuerzas resistentes del interior, concretamente con la guerrilla que actuaba en Málaga, cuya actividad ayudó a reforzar. Allí conoció a la «enlace» Carmen Gómez, una malagueña con conocimientos de secretariado y estudios avanzados de piano que, al estallar la guerra, colaboró activamente con el Partido Comunista en su ciudad natal, donde militaba desde

que siendo muy joven se afilió a las Juventudes Socialistas. Huida a África, a través de Gibraltar, fue en Tánger donde comenzó su actividad como enlace, obteniendo y transmitiendo la información que conseguía sobre el Marruecos español. Trasladada a Madrid en 1940, se integró en las redes de información del partido en la capital hasta ser apresada en la primavera de 1941. Con una sentencia de 6 años, pasó de Madrid a Ceuta, y de aquí a la cárcel de Málaga donde, a través de la ayuda que prestó a mujeres de huidos, entró en contacto con el maquis y con Luis Campos, con quien se comprometió después de conseguir, en 1946, la libertad condicional. Vivió con él en Sevilla hasta ser descubiertos, desarrollando una importante labor clandestina, extendiendo la organización comunista entre las mujeres, una realidad aún poco conocida. Juzgada junto a Luis, el 22 de febrero de 1949, se le impuso otra condena de seis años y un día, que cumplió hasta 1952, año en el que salió en libertad condicional. Después vivió en Málaga y Madrid desde donde se trasladó a Londres, después a París y finalmente a Rusia, país en el que vivió una hermana suya hasta su regreso tras la aprobación de la ley de amnistía de 1977.

Hasta el 21 de diciembre de 2002, cuando pudo dejar unas flores en un monumento simbólico sobre una fosa común del cementerio sevillano, Carmen no vio cumplido su deseo de homenajear a su esposo. Y aún gracias a la Asociación de Expresos y Represaliados Políticos Resistentes Antifascistas de Sevilla, que desde mediados de los noventa comenzaron a trabajar para recuperar la memoria de quienes lucharon en aquellas tierras

por la democracia. Sólo después de setenta años desde el estallido de la guerra civil se ha podido comenzar a hablar en España de políticas públicas de memoria, venidas, como sucedió en otros países vecinos, de la mano de organismos y instituciones que la sociedad civil alentó y sostuvo con el fin de dar a conocer historias de vida y de lucha como la de Luis y Carmen, pertenecientes a una generación, de «patriotas, demócratas, progresistas» –en palabras del propio Luis– que la guerra y la posterior dictadura echaron a peder. No hay ninguna duda, que son libros como este los que mejor contribuyen a valorar qué es lo que realmente se perdió con la derrota.

Conxita Mir  
Universidad de Lleida

MUÑOZ SORO, Javier, *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*, Madrid, Marcial Pons, 2005, 401 págs.

La presente obra es fruto de una tesis doctoral leída en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Nacional Española a Distancia (UNED). En ella, se aborda una panorámica general de un período fundamental de nuestra reciente historia, (el segundo franquismo) rechazando de pleno la exclusividad de la teoría económica de la democracia, según la cual las transformaciones socioeconómicas del desarrollismo tecnocrático permitirían, por sí solas, explicar el retorno de la democracia en España. Ahora bien, sin llegar a negar en absoluto la importancia del desarrollo económico y social, el autor aboga por

estudiar el proceso de cambio cultural que tuvo lugar a lo largo de los años 60 y primeros 70 en nuestro país, previo e indispensable para el advenimiento del proceso de transición política dado a partir de mediados de los años 70. Y lo hace –como el título indica– a partir de una de las plataformas de difusión de ideas de vanguardia más plurales y de mayor impacto de su época, la revista *Cuadernos para el Diálogo*, en los años en que fue de carácter mensual, aunque sin dejar de establecer los antecedentes y sus repercusiones posteriores.

Sería necesario apuntar que el estudio de los años sesenta a través de la prensa de vanguardia ha sido casi siempre abordado desde el campo de la politología, el periodismo y la filología. Sin desmerecer en absoluto estos trabajos, no debemos olvidar en ningún momento lo que la disciplina histórica puede aportar a la mayor comprensión del tema. Y este libro es buen ejemplo de ello.

Los años 60 en España son el período de auge del proceso de institucionalización del régimen y del desarrollismo tecnocrático, con cuyas transformaciones socioeconómicas se buscaba adaptarse a los nuevos tiempos sin cambiar en lo esencial, tratando de liberalizar la economía sin conceder libertades políticas. En ese contexto, y en el de una política de apertura cultural de márgenes muy estrechos, se funda *Cuadernos para el Diálogo*, de manos del ex-ministro Joaquín Ruiz-Giménez y su pequeño grupo de colaboradores, desde los presupuestos de la militancia cristiana y del Concilio Ecuménico Vaticano II, algo perfectamente coherente con su proyecto fracasado de apertura cultural de la década anterior. En este punto, es necesario aclarar, como hace

el autor, que la revista se gesta inicialmente como proyecto político reformador del régimen, para, poco más tarde, ir evolucionando hasta posturas democráticas cada vez más radicalizadas, siempre sin perder su esencia pluralista. Un proyecto político en origen –distinto en ello al de *Triunfo*, por ejemplo, eminentemente cultural en su génesis– al que concurrirán elementos de al menos tres generaciones distintas, aglutinando entre sí un gran abanico de propuestas ideológicas, en un marco de diálogo y contraste de pareceres nunca visto hasta entonces dentro de la dictadura.

La revista se nos presenta en el estudio desde una triple óptica: como proyecto político, como empresa económica y como plataforma de oposición al régimen, a la vez que se aborda su estudio desde tres líneas de investigación distintas y a la vez complementarias, siempre de forma diacrónica. Tres líneas que tratan de responder, entre otras cosas, a las siguientes cuestiones fundamentales: quiénes fueron sus integrantes y colaboradores, cuáles eran sus contenidos y la forma de su discurso, y de qué forma se articulaban sus relaciones con el régimen y con el resto de fuerzas de oposición al mismo.

Todo ello, desarrollado a lo largo de seis amplios e interesantes capítulos, establecidos de forma temática y a la vez cronológica.

El primero de los cuales, bajo el título «Joaquín Ruiz-Giménez y la fundación de Cuadernos para el Diálogo», presenta al prestigioso exministro como fundador y eterno *alma mater* de la revista, y desarrolla las premisas principales en las que basó su proyecto (donde el concepto de «diá-

logo» resultó de importancia crucial) y cómo éstas fueron evolucionando y cambiando en el tiempo.

En el segundo capítulo, «Los protagonistas: una biografía colectiva», como su nombre indica, el autor lleva a cabo un exhaustivo estudio prosopográfico del gran elenco de integrantes y colaboradores del proyecto, a modo de biografía colectiva, haciendo hincapié en las bases ideológicas de cada uno y su evolución.

El tercer capítulo, «Los contenidos: del consenso al compromiso», desarrolla fundamentalmente diversos contenidos de la revista, sobre asuntos de gran calado, analizando además el tratamiento de los mismos a lo largo del tiempo, y su repercusión tanto dentro como fuera de nuestras fronteras.

En cuanto al cuarto capítulo, «La empresa y la censura: una revista incompatible», es uno de los apartados más interesantes e innovadores, situándose el enfoque desde el prisma censorial y la represión cultural de que fue objeto en numerosas ocasiones, a la vez que se describe el funcionamiento del proyecto desde el punto de vista empresarial.

El quinto capítulo, «El encanto de la revolución» trataría por su parte, y en esencia, de cómo las circunstancias excepcionales sufridas en España permitían que la lucha por la democracia fuera al mismo tiempo compatible por la lucha a favor del socialismo y la revolución, profundizándose a la vez en los contenidos de la revista, y en la biografía colectiva.

Y es en el sexto y último capítulo, bajo el título «España en la encrucijada», donde se abordan los últimos contenidos de la revista, se habla

brevemente de su conversión a semanario, y se especifica, a grandes rasgos, cuál fue el papel de la misma durante la transición a la democracia y su definitiva consolidación, y de qué forma participaron en el proceso sus integrantes y colaboradores.

Así, en palabras del autor en el apartado donde se establecen sus conclusiones, «La aportación de *Cuadernos para el Diálogo* al restablecimiento de la democracia no fue tanto formar una clase política (...) como (re)construir un pasado perdido, una cultura democrática y una ética del compromiso personal» (p. 372).

Está claro que el antifranquismo no logró acabar con la dictadura en vida de Franco, pero sí evitó la perduración de la misma más allá de la vida del dictador. Y a ello contribuyó sin duda el mundo editorial de vanguardia, considerado verdadero «parlamento de papel» durante los años del tardofranquismo y la transición democrática.

La obra está prologada por el profesor Elías Díaz, lo cual le otorga un valor añadido a la misma, no sólo por su gran prestigio en el mundo académico, sino también por tratarse de uno de los protagonistas principales de este fundamental proyecto al que tanto debe el actual régimen de libertades en el que vivimos.

En resumidas cuentas, se trata de una excelente obra historiográfica, de obligatoria lectura tanto para los estudiosos del franquismo como para quienes investigan el período de nuestra más reciente transición a la democracia.

Francisco Rojas Claros  
Universidad de Alicante